

Claro que siempre es un problema resolver si la reforma de un país por la educación de sus masas, puede intentarse desde fuera del gobierno o si es mejor derrocar el mal gobierno para constituir uno que se ocupe seriamente de los problemas nacionales; pero en todo caso será prudente comenzar por lo que esté más de acuerdo con las posibilidades del momento. La labor de propaganda, la labor de ejemplo que ustedes desarrollan tendrá que trascender y crecerá hasta que se torne invencible.

Es una lástima que no se hayan aprovechado los años de libertad para organizar movimientos cívicos de carácter educativo, pero ya que se perdió esa ocasión, conviene que ahora quede bien planteado el problema a fin de conocer los medios de atacarlos.

Otro de los recursos de tiranos, es la exaltación del falso patriotismo. El patriotismo que debiera ser siempre amor, el déspota lo torna en odio, como para apartar de sí la ira del pueblo dirigiéndola contra sus vecinos, contra sus hermanos. No hay déspota que no se exhiba ante sus siervos como un caudillo de la causa nacional, vengador de los agravios patrios y encarnación viviente del orgullo colectivo. Pero nada hay más triste que ver una patria que fía su destino a un solo hombre, y todavía es peor, el espectáculo de un pueblo que entrega sus libertades al déspota por una mera promesa ilusoria. La patria la encarnan sus hijos, jamás sus verdugos. Y un déspota es peor enemigo que veinte ejércitos extranjeros. La patria nada vale si no significa libertad y justicia. El orden y la paz fundan el progreso, pero no pueden rendir fruto si no es a base de libertad y de justicia. Organizar un orden social justo y libre, es más importante que fomentar el odio al extranjero. Por eso me atrevo a decirlos—aun cuando comprendo lo delicado que es hacerlo—pero se los digo como quien cumple un deber, que cada vez que el político hable de la cuestión chilena, debéis desconfiar! Sí, debéis decirlos: ¿Por qué ese empeño de derrochar la energía peruana en algo que no es la inmediata regeneración por el trabajo y el saber? ¿Cómo vamos a emprender revanchas si acaso no se han corregido los vicios que originaron la derrota? Acabemos primero con la disensión interna, construyamos la patria, aumentemos sus recursos, usemos el temple colectivo para castigar a los tiranos de adentro, y ya después, libres y poderosos podremos enfrentarnos a los tiranos de afuera. Las sirenas podridas del despotismo susurran peligros extraños y cantan patriotismos morbosos; pero en realidad no sucede sino que el déspota quiere soldados para sofocar huelgas, para suprimir protestas, para afianzar su dominio.

Más varonil que injuriar al enemigo extranjero que está distante y ya no hace daño, es combatir al dictador que deshonor a las tropas de la nación cada vez que hace que le presenten armas. Yo sé todo esto, lo he visto y lo digo no sólo por el Perú, lo digo

por el México de años recientes, por Venezuela, por tantos otros países nuestros que la tiranía estrangula. A nosotros nos lanzaron contra los norteamericanos, los Santa Anna, los Victoriano Huerta, los Carranza, pero cada uno de ellos cuidó de asegurar ayuda o tolerancia norteamericana para los propios fines perversos. A ustedes los incitan contra los chilenos y a los chilenos contra los peruanos, casi siempre por razones egoístas de política venal; por eso es necesario tener presente que el enemigo de la patria rara vez está fuera, casi siempre se halla adentro. El enemigo del progreso latinoamericano es el hacendado de México, el gamonal del Perú, el estanciero de Argentina y Chile.

Los explotadores no tienen patria; pero la simulan para desorientar a los siervos. Lanzan unos contra otros los pueblos para aumentar sus riquezas o rangos; pero ya es tiempo de que los pueblos comprendan que son hermanos y que tienen intereses comunes. El nacionalismo de la América Latina tiene que pasar al plano secundario de un corto y gastado provincialismo. El patriotismo necesita reformas, ya no debe haber peruanos, ni mexicanos, ni argentinos o chilenos. Sólo las almas de molusco siguen apegadas a la roca de la patria. Hay que decirlo bruscamente: yo reniego de la mía, en el instante mismo en que pretenda agrandarse a costa de otras naciones o no esté dispuesta a servir las y a amarlas fraternal y recíprocamente. Y tampoco habría de prestarme a gastar mi querer en el odio estéril de ofensas pasadas. Si alguien me pega y es más fuerte que yo y no puedo contestar, no deberé ir lamentando el mal cometido; me pondré a esforzarme en silencio para ser más fuerte, para ser mejor y ganar poder que un día repare la injusticia. Pero volveré siempre a mí mismo, porque el mal está en mí mismo y también el remedio. Y así debe ser el ciudadano, sereno y confiado en su tezón y en su destino. De ahí que yo sienta que el primer deber de chilenos y peruanos es cerrar para siempre el venero de odios de esa guerra maldita del Pacífico. Resuélvanse de prisa y de cualquier modo las cuestiones pendientes y enseguida maldíganse de una sola vez, para enseguida olvidarlos, a todos los necios, torpes o arrogantes que consumaron una guerra que dividía la estirpe ibérica, en la misma época en que los anglosajones del Norte del Continente sellaron con sangre la alianza perenne del bando del Norte con el bando del Sur, levantando así la base del poderío norteamericano. Esta mancha del iberoamericanismo, que se llama la Guerra del Pacífico, sólo pueden borrarla las dos juventudes del Perú y de Chile. Y cuando llegue el momento, no disputen territorios, dejen la tierra a quien mejor la aproveche, a quien más la necesite, pero eso sí, cuiden de no dejar en pie un solo monumento que recuerde el crimen, derriben las estatuas, borren las leyendas, castiguen a la historia y que no quede ni un solo re-

cuerdo de la maldita disputa que envenena el alma de dos pueblos. Obreros o pensadores de los dos países rivales, sólo ustedes, los que trabajan o los que piensan podrán convertir el odio en amor y la pugna en progreso. Y para esto no hacen falta tiranos, estorban.

La situación actual del Perú es penosa y amarga, tanto más cuanto que no es excepcional sino una de esas calamidades intermitentes, de las que es muy difícil librarse. Nosotros hemos pasado por vergüenzas semejantes y estamos amenazados de volverlas a sufrir. La experiencia debe ya convencernos de que el remedio tiene que ser un remedio colectivo de educación general y de acción común. Organícen ustedes el movimiento salvador, pero si no pueden hacerlo, recuerden por lo menos, que por ser jóvenes no deben manchar su juventud unciéndola a una dominación que por mucho que dure, tendrá que llegar a ser para ustedes un vago recuerdo; un vago recuerdo bochornoso para el que se sume a ella; un noble orgullo de toda la vida, para los que se nieguen a prestarle apoyo. Yo que conozco la nobleza del carácter peruano, pienso que tal vez no sea necesario llegar a la violencia; me imagino que bastaría una protesta sostenida y numerosa para que la fuerza de la opinión pública se impusiera rápidamente. Lo que importa es que no sea un grupo el que proteste, sino la nación entera, indignada y unida en un propósito de regeneración y de libertad. Se me dirá que es muy difícil sacudir mayorías que sólo atienden a sus intereses inmediatos y materiales; pero también es cierto que toda reforma comienza por la acción de una minoría intrépida, que si tiene la razón y es tenaz, acaba por imponerse a todo. No hay un solo caso de juventud honrada y resuelta que no se haya hecho heredera del mando.

El secreto es perseverar en un propósito noble y levantado. Sean ustedes más firmes, más tenaces que sus enemigos, más sobrios, más laboriosos, más claros en el pensar y más resueltos en la acción y el triunfo llegará inesperado y espléndido. Y así que hayan vencido, así que esté en sus manos todo el Perú, vuelvan a hacerlo amable, vuelvan a hacerlo dulce; pero antes que todo, háganlo justo para que la bondad y la dulzura sean verdaderas y perdurables. Combatan la explotación del hombre por el hombre en las ciudades y en los campos, establezcan la paz que nace de la justicia y la abundancia, y una vez lograda esta victoria proscriban la violencia, condénenla y maldíganla hasta que no pueda renacer; mátenla con un derroche de bien; paguen la cárcel con la libertad, el destierro con el retorno y el odio con el amor.

J. VASCONCELOS

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.